TEATRO POPULAR

REVISTA TEATRAL

AÑO II

Nº 54

VERA SERGINE

"EL VELO DESGARRADO"

COMEDIA EN DOS ACTOS

ORIGINAL DE PIERRE WOLFF

TRADUCCIÓN DE [illegible]

INTERIOR 0.25

TEATRO POPULAR

REVISTA TEATRAL

APARECE TODOS LOS MARTES

Precio del ejemplar: **Capital 0.20 — Interior 0.25**

OBRAS PUBLICADAS

Nº 1. **La cabra tira al monte,** Julio F. Escobar; No 2. **Colorado y negro**, L. Rodríguez Acasuso; No 3. **La fea de la casa**; Julio F. Escobar; No 4. **El hombre que pudo matar,** Folco Testena; Nº 5. **Florencio Sánchez y su obra,** V. Martínez Cuitiño; No 6. **Mundial Pantomim,** A. Moock; Nº 7. **¡Qué Pichincha!,** Julio F. Escobar; No 8. **La huelga,** Dr. Gonzalo Bosch; Nº 9. **El hombre que sonríe,** Julio F. Escobar; No 10. **Muñecas de lujo,** L. Pita Martínez; Nº 11. **El ñato Padilla,** L. Rodríguez Acasuso; No 12. **Cuando muere el día,** B. Roldán; Nº 13 **La santa madre,** J. González Castillo y V. Martínez Cuitiño; Nº 14. **La vida es sueño,** D. P. Calderón de la Barca; No 15. **Rayito de sol,** V. Martínez Cuitiño; Nº 16. **Los averiados**, H. Brieux; No 17. **La víbora de la cruz y ¡Amurado!**, Julio F. Escobar; No 18. **Frío,** Eduardo Zamacois; Nº 19. **El Arlequín,** Otto Miguel Cione; No 20. **El dolor del bárbaro,** Carlos Schaefer Gallo; No 21. **Bajo el yugo de un tirano,** Julio F. Escobar; Nº 22. **Mi prima está loca,** F. E. Collazo y T. Insausti; No 23. **Las hijas del capitán,** L. Rodríguez Acasuso; Nº 24. **La ganzúa de oro,** Belisario Roldán; No 25. **La humilde quimera,** V. Martínez Cuitiño; No 26. **El dilema del Doctor,** Bernard Shaw; Nº 27. **La propia obra,** César Iglesias Paz; No 28. **La canción de la camisa,** Pedro E. Pico; Nº 29. **El alcalde de Zalamea,** D. P. Calderón de la Barca; No 30. **Delikatessen Haus,** A. T. Weisbach y S. Linnig; No 31. **Isabel Sandoval — Modas y Cuando venga el amor,** Armando Moock; Nº32. **Teléfono para tumbas,** traducción de Julio F. Escobar; No 33. **El derecho de matar (adapt)**, Julio C. Traversa. Nº 34 **La señora Caburesa,** Roberto L. Cayol; Nº 35. **Anita Balbi,** Folco Testena; No 36. **El pobre hombre,** J. González Castillo. Nº. 37, **La Bandera Roja**, Eugenio Troisi y César L. Pelazza. Nº 38 **La Serpiente**, Armando Mook. No 39. **Montmartre**, Versión de J. F. Escobar. Nº 40 **Israel**, Versión de Jorge Dowton. No 41. **El sobrino de Malbrán**, José León Pagano. No 42. **El héroe y el soldado,** G. B. Shaw. Nº 43. **El corazón y el dinero**, Julio F. Escobar. No 44. **Así terminó la fiesta...**, J. López Silva y C. M. Pacheco. Nº 45, **La Despedida**, Alejandro Marcó. N.º 46, **La virgen loca,** Henry Bataille. N.º 47, **Teatro breve,** Pedro E. Pico. Nº 48, **El corazón de la selva,** Otto Miguel Cione.; N.º 49, **Guerra a la guerra, El tren Expreso,** Ramón de Campoamor. N.º 50, **Nochebuena, El pasado vuelve,** Eduardo Zamacois. N.º 51, **La única verdad,** Alcira Olivé Nº. 52, **¡Te quiero, Te adoro!...,** Roberto Gache. N, 53, **El Animador,** Henry Bataille.

EDITORES: MORO & TELLO

Corrientes 1307, Buenos Aires

TEATRO POPULAR
REVISTA TEATRAL

Año II | Martes 16 de Noviembre de 1920 | N.º 54

"EL VELO DESGARRADO"

COMEDIA EN DOS ACTOS
ORIGINAL DE
PIERRE WOLFF
TRADUCCIÓN DE **BAUTISTA ARCAUTE**

Estrenado en el Teatro Odeón, por la Compañía Félix Huguenet el 28 de Septiembre de 1920.

⁂

Editores
MORO & TELLO — Corrientes 1307
BUENOS AIRES
1920

REPARTO

Miguelina ....

Luisa ....

Sra. Fortier ....

Francisco ....

Roberto ....

Un criado ....

"EL VELO DESGARRADO"

ACTO PRIMERO

(Una quinta a varios kilómetros de Vernon. Salón con gran vidriera, meseta con escalinata que va sobre el parque. Al levantarse el telón, Luisa está sentada a la izquierda en el escritorio de Francisco, está escribiendo. Miguelina está instalada a la derecha, en un pequeño secretaire, también escribe. Son las nueve y media de una noche de luna expléndida).

ESCENA PRIMERA

(Miguelina, Luisa; después Roberto, este último entra después de un largo silencio).

ROBERTO.—¿No salen ustedes al jardín? Hace una noche encantadora.

MIGUELINA.—Sí, enseguida. Termino esta carta y estoy contigo querido.

ROBERTO.—¿A quién puedes escribir a las 9 de la noche?

MIGUELINA.—Dos líneas a la señora de Sauve. Me pidió unos informes y me olvidé de contestarle.

ROBERTO.—Apostaría que se trata de algún casamiento.

MIGUELINA.—Has acertado.

ROBERTO.—No comprendo qué placer puede experimentar preparando la desgracia de los demás, esta vieja hada.

MIGUELINA.—¡Ingrato! Te olvidas que es en su casa donde nos conocimos.

ROBERTO.—Es verdad.

MIGUELINA.—Déjame terminar mi carta.

ROBERTO.—¿Y usted Luisa, a quién le escribe?

MIGUELINA.—¡Curioso!

LUISA.—A mi amante.

MIGUELINA.—¡Si tu marido te oyera!

LUISA.—Tranquilízate, no lo creería.

ROBERTO.—¿Pero, en verdad tiene usted un amante?

MIGUELINA.—Hazme el servicio de terminar con esa broma.

ROBERTO.—¿Y tú, no tienes ninguno?

MIGUELINA.—Yo, tengo dos. Ahora que tu curiosidad está satisfecha, reúnete con la señora Fortier y los Dancourt en el jardín, y déjanos terminar las cartas, que deben salir mañana por el primer tren.

ROBERTO¡Los Dancourt me revientan!... **(Pausa).** ¿Han visto lo que el jardinero ha encontrado cavando en el huerto? **(Ellas no contestan).** ¿No les interesa a ustedes?...

MIGUELINA.—No.

LUISA.—No.

ROBERTO.—Gracias. **(Pausa).**

LUISA.—¿Hacer se escribe con s?

ROBERTO.—En jerga andaluza, sí, **(Silencio).** ¡Qué noche admirable! ¡Todo el valle está plateado con el reflejo de la luna!... Una estrella errante; dos, tres, cuatro! Cuando era chico mi nodriza me decía que eran ángeles que caían del cielo. ¡Encantador recuerdo!... ¿No te parece?

MIGUELINA.—¿Qué?

ROBERTO.—¿No me has escuchado?

MIGUELINA.—Sí... Son hermosos los ángeles que caen del cielo. Hermosísimos.

LUISA.—¡Quiere usted callarse, charlatán!

ROBERTO.—Ya no digo nada. He colocado aparejos de fondo; me levantaré a las 4 de la mañana para sacarlos. Con estas noches claras se pescan siempre dos o tres anguilas. Si son lindas mandaremos una a tu mamá. Iré yo mismo a Vernon a expedirla. ¡Qué contenta se pondrá. **(Pausa).** ¡Mira otra estrella errante!... **(Pausa).** ¡Cómo cantan los insectos en el prado.

MIGUELINA.—¡No se callará!

ROBERTO.—Mañana va ha hacer calor... ¿Los oyen ustedes? ¡Es un concurso de Orfeones! ¡Parece que se han citado frente a esta verja a disputarse un premio!... ¡Qué conservatorio!

LUISA.—Decididamente, terminaré mi carta mañana.

ROBERTO.—Yo creo que no molesto.

MIGUELINA.—Eres insoportable. **(El criado entra).**

LUISA.—¿Qué quiere usted Luisa?

EL CRIADO.—La señora Fortier, llama al señor.

LUISA.—Está en su habitación, no le lleve usted el recado, yo voy a llevárselo.

EL CRIADO.—Bueno, señora. **(Luisa sale).**

ESCENA II

MIGUELINA, y ROBERTO

MIGUELINA.—¿Se ha acostado Francisco?

ROBERTO.—No, está arreglando unos papeles.

MIGUELINA.—¿Qué es lo que pasa? ¡Desde que hemos llegado, lo encuentro cambiado nervioso, él que por costumbre está siempre alegre! ¿No te ha hecho ninguna revelación?

ROBERTO.—Ni una sola palabra.

MIGUELINA.—¿No le has preguntado nada?

ROBERTO.—No.

MIGUELINA.—Has hecho mal. El se toma más interés cuando te ve con alguna preocupación.

ROBERTO.—No te hagas mala sangre. Francisco es lunático, lo sabes igual que yo.

MIGUELINA.—Lunático, sea... pero triste sin razón, no lo tiene por costumbre.

ROBERTO.—Lejos de su fábrica, no es el mismo hombre.

MIGUELINA.—El año pasado, en la misma época, estaba lejos de su usina y sin embargo, era otro hombre, me acuerdo muy bien. Acércate y escucha: ¿No te parece que es Luisa la causa de su carácter variable?

ROBERTO.—Luisa es gentil con él.

MIGUELINA.—Gentil sí, pero no lo suficiente afectuosa. A veces le contesta con un tono seco que irrita. La he reprendido, la he sermoneado; pero, como si no le hubiera dicho nada. Es incorregible.

ROBERTO.—¡Son dos temperamentos completamente opuestos! Además, esto no tiene ninguna importancia.

MIGUELINA.—No tiene importancia para tí. ¿Si yo te hablara como ella le habla, quedarías tú, conforme?

ROBERTO.—Yo, te pagaría.

MIGUELINA.—¿Serías capaz?

ROBERTO.—No, porque tendría miedo de lastimarte.

MIGUELINA.—Yo me defendería.

ROBERTO.—¿Cómo? ¡Dios santo!

MIGUELINA.—Con las uñas.

ROBERTO.—¿Con las uñas? ¡Qué barbaridad! ¡Muestra tus garras; son expléndidas! Pero, las esconderías para no dañarme.

MIGUELINA.—**(Cariñosamente).** Es verdad.

ROBERTO.—**(Estrechándole en sus brazos).** Eres un ser delicioso.

MIGUELINA.—Te quiero, y esa es toda mi sublimidad. Aprieta más fuerte y sin ningún temor, estoy construida con buenos materiales. ¡Qué hermoso!... de esta manera me pareces más sincero.

ROBERTO.—¡Qué mala eres!

MIGUELINA.—Es una broma, estoy segura de tu cariño.

ROBERTO.—Gracias.

MIGUELINA.—Eres un buen hombre.

ROBERTO.—¿Qué dices?

MIGUELIN9.—Sí, que eres un buen hombre.

ROBERTO.—¡Y lo repites!

MIGUELINA.—¿Te choca la palabra?

ROBERTO.—No, pero cada vez que quieres estar cariñosa, empleas unas palabras que no me gustan. ¡Un buen hombre! ¡Acaso soy barrigón o tengo el cabello gris!

MIGUELINA.—¿Hablas en serio?

ROBERTO.—No, es por el gusto de molestarte.

MIGUELINA.—Tonto, es de tu moral que hablo y no de tu físico.

ROBERTO.—**(Fatuo).** Así lo creo.

MIGUELINA.—¡Coquetón! Realmente eres un buen hombre. Cuando te conocí por primera vez› en casa de la señora de Sauve, me causaste esa impresión. Me parece que te estoy viendo, estabas en medio de una cantidad de cotorritas...

ROBERTO.—Sí, es verdad; pero, tú eres la única a quien yo miraba.

MIGUELINA.—Sin embargo, había algunas más hermosas que yo.

ROBERTO.—No.

MIGUELINA.—Sobretodo más jóvenes.

ROBERTO.—Para mí, tú eras la Reina.

MIGUELINA.—Estabas recostado a la chimenea.

ROBERTO.—¡Qué memoria prodigiosa!

MIGUELINA.—Contabas tus aventuras e impresiones de viaje por la China, de donde acababas de llegar; cuando terminaste tu narración, la señora de Sauve te presentó...

ROBERTO.—Estaba muy emocionado.

MIGUELINA.—Yo también. Me habían hablado tanto de la nobleza de tu carácter, que no podía disimular la alegría que experimentaba al conocerte. ¡Además, estuviste tan simpático!...

ROBERTO.—Continúa.

MIGUELINA.—Creíste inútiles los cumplidos de práctica, y me trataste como a una vieja amiga; me hablaste de tus sueños y de tus esperanzas.

ROBERTO.—Confiesa, que estaba tímido y torpe.

MIGUELINA.—No tanto.

ROBERTO.—¡Mentirosa!

MIGUELINA.—A pesar de que tu reputación de ingenioso, estaba cimentada, en efecto me hablaste con timidez, y tu modestia me encantó. Sobre todo tus reflexiones me agradaron infinitamente...

ROBERTO.—¿Mis reflexiones?

MIGUELINA.—No fuiste severo pàra juzgar a la humanidad. Mirabas al mundo casi con mis ojos, y como tenías mis mismos gustos y mis mismas ideas, te encontré superior a los demás hombres.

ROBERTO.—¿Y en la actualidad?

MIGUELINA.—¡Oh! ahora...

ROBERTO.—¡Cuidado!

MIGUELINA.—Nada ha cambiado mi opinión. Eres el hombre que yo había soñado entonces... o mejor dicho, que ya no soñaba más. ¡Tenía veinte y cinco años!...

ROBERTO.—Estás igual. No ha pasado un día para tí.

MIGUELINA.—Eres muy gentil. Te quiero con toda el alma; y, a pesar, que hacen diez años que estamos casados, tengo la sensación de que es la primera vez que te lo digo. ¿Es buena señal, verdad?

ROBERTO.—¡¡Puff!!...

MIGUELINA.—No te burles de mi amor. ¡Es tan puro! ¡tan fuerte!...

ROBERTO.—Adoro tu voz.

MIGUELINA.—Y yo tus promesas, porque no sabes mentir. ¿Por qué frunces las cejas?

ROBERTO.—¿He fruncido las cejas?

ROBERTO.—¡Diablo!

MIGUELINA.—De una manera terrible.

MIGUELINA.—Has tenido un mal pensamiento.

ROBERTO.—Un pensamiento, sí, pero, malo no.

MIGUELINA.—¿Eres mío?

ROBERTO.—Enteramente.

MIGUELINA.—¡Otra vez!

ROBERTO.—Enteramente.

MIGUELINA.—Lo has dicho mejor la segunda vez. ¡Qué feliz soy!

ROBERTO.—Lo mereces.

MIGUELINA.—Ya lo creo. Pronto, abrázame. **(Mientras que él la abraza, la señora Fortier entra).**

ESCENA III

Los mismos, la señora FORTIER, luego LUISA

MIGUELINA.—¡Pescados!

Sra. FORTIER.—¿Es el aire del campo? ¿No tienen vergüenza, un viejo matrimonio como ustedes?

MIGUELINA.—Le pedimos disculpa.

Sra. FORTIER.—¿Sabe abrazar bien?

MIGUELINA.—Bastante bien.

Sra. FORTIER.—No me extraña, cuando era chico y lo hacía saltar sobre mis rodillas, era muy cariñoso.

ROBERTO.—**(Abrazándola).** Tome usted... ¿Cómo ha encontrado usted ese beso?

Sra. FORTIER.—No me disgusta... ¿Dónde se ha quedado Luisa?

MIGUELINA.—Ha subido en busca de Francisco.

Sra. FORTIER.—¡Los Dancourt están solos en el jardín!... ¡Qué mal educados somos!

ROBERTO.—Vamos a hacerles compañía.

Sra. FORTIER.—Eso es, gracias por la gentileza. **(En el instante que salen, entra Luisa).**

ESCENA IV

Sra. FORTIER, LUISA

Sra. FORTIER.—¿Y tu marido?

LUISA.—Viene enseguida **(Va a salir).**

Sra. FORTIER.—¿No han tenido ninguna querella?

LUISA.—Absolutamente.

Sra. FORTIER.—¿Entonces por qué está sombrío y taciturno?

LUISA.—Le confieso que no ha pasado por mi imaginación preguntárselo.

Sra. FORTIER.—¿No eres curiosa?

LUISA.—Sí, pero conozco mucho a Francisco y sé que cuando no quiere decir nada, es tiempo perdido hacerle preguntas..

Sra. FORTIER.—Yo me encargo de hacerlo hablar, voy a esperarlo.

LUISA.—Buena suerte, mamá.

Sra. FORTIER.—Tranquilízate, voy a escudriñarlo en una forma, que va a tener que soltarme todo. **(Luisa sale).**

ECENA V

Sra. FORTIER y FRANCISCO

Sra. FORTIER.—**(Va para tocar el timbre, Francisco entra).** Llegas a tiempo, te iba a mandar buscar.

FRANCISCO.—¿Me necesitas?

Sra. FORTIER.—No, pero me causa extrañeza que hagas lo contrario de lo que hacemos todos.

FRANCISCO.—¿Es decir?

Sra. FORTIER.—Cuando nos metemos adentro para evitar el calor, tú sales; de noche, cuando salimos a tomar el fresco, tú te metes en tu habitación.

FRANCISCO.—Estaba leyendo.

Sra. FORTIER.—¡Es una escusa!

FRANCISCO.—Cada cual toma el placer donde lo encuentra.

Sra. FORTIER.—¡Qué barbaridad!... ¿Es este tomo que te apasiona?... **(Leyendo).** "Los Gatos, de Champfleury". Tengo un horror a los gatos.

FRANCISCO.—Lo siento.

Sra. FORTIER.—Seriamente ¿encuentras este libro interesante?

FRANCISCO.—Escucha este pasaje atribuído a Buffcon... **(Leyendo).** "La malicia del gato es innata; su natural es perverso; sabe cubrir su marcha; disimular sus intenciones, esperar las ocasiones. No se apasiona, más que aparentemente.... Se conoce en sus movimientos oblícuos, en sus ojos equívocos; no mira nunca de frente".

Sra. FORTIER.—¿Y encuentras eso divertido?

FRANCISCO.—¡Divertido, no; instructivo, sí!... porque estudiando el carácter de ciertos animales se aprende a conocer el carácter de ciertas mujeres.

Sra. FORTIER.—Deja ese libro y ven; veo que estás un poco cansado.

FRANCISCO.—Luego...

Sra. FORTIER.—¿Y por qué no, enseguida?

FRANCISCO.—Porque me encuentro tan bien aquí, como afuera.

Sra. FORTIER.—Te pido un poco de franqueza, mírame... ¿Tú tienes un disgusto?

FRANCISCO.—No señora.

Sra. FORTIER.—¿Una pena?

FRANCISCO.—Menos.

Sra. FORTIER.—Algo te tiene preocupado.

FRANCISCO.—Te suplico que no me hables como a un muchacho. Si me pasara algo, cualquier cosa que fuera, no te lo ocultaría.

Sra. FORTIER.—¿Es la amistad de los Dancourt que te molesta?

FRANCISCO.—No... a pesar, que me abruman bastante con sus frecuentes visitas.

Sra. FORTIER.—Antes te parecía la señora Dancourt simpática y hasta te hacía gracia.

FRANCISCO.—Mi opinión no ha variado... sólo que las maneras de su marido me chocan y me sublevan.

Sra. FORTIER.—Hace ocho días, antes de la llegada de Roberto y de Miguelina, me decías que era muy agradable y que te felicitabas de haber hecho su conocimiento.

FRANCISCO.—Eso prueba que no sé lo que digo.

Sra. FORTIER.—Los Dancourt no me interesan en manera alguna... Dejo libre a tu opinión que los recibas, o que los eches a un lado; pero sí, te ruego que no hagas soportar el peso de tu mal humor a Roberto y a Miguelina, que nada te han hecho... Los has invitado como todos los años, a pasar dos meses en el campo, y no es justo que los martirices con tu mal humor.

FRANCISCO.—¿Yo los martirizo?

Sra. FORTIER.—No hagamos juego de palabras, a cada rato buscas evasivas para esconderte, es de mala educación... Deja ese libro, te estoy hablando... ¿qué estaba diciendo?

FRANCISCO.—Ya no me acuerdo.

Sra. FORTIER.—¡Es un placer, ser escuchada con semejante atención! **(Roberto entra).**

ESCENA VI

Los mismos, ROBERTO

Sra. FORTIER.—¿Quiéres algo, Roberto?

ROBERTO.—Los cigarros.

Sra. FORTIER.—**(A Francisco).** ¿Dónde has puesto los cigarros?

FRANCISCO.—En el pequeño secretaire... abre el cajón.

ROBERTO.—Gracias. **(Pausa).** Oye, Francisco, creo que los Dancuort se han apercibido que les ponías mala cara durante el almuerzo...

Sra. FORTIER.—Tengo la seguridad que sí.

FRANCISCO.—¡Yo creo que no!

Sra. FORTIER.—Vas a ir a disculparte.

ROBERTO.—Es inútil, se han marchado.

Sra. FORTIER.—¿Se han marchado?

ROBERTO.—Y bastante fríamente.

FRANCISCO.—Tranquilízate, volverán.

Sra. FORTIER.—¿Sí, pero cuando?... El motor del automóvil está descompuesto desde esta mañana, y si tenemos que hacer alguna compra urgente, tendremos que alquilar un carricoche para hacer los quince kilómetros que nos separan de Vernon... Va a ser divertido.

ROBERTO.—Tranquilícese, he estado con su chauffeur y me ha asegurado que todo está en orden y en perfecto estado.

Sra. FORTIER.—¡Respiro! Es de advertir que esa familia es bastante ordinaria, y comprendo que no es conveniente ligarse íntimamente con ellos.

ROBERTO.—¡Eso es, ahora que su auto está reparado!...

Sra. FORTIER.—¡Mala lengua!... Lo que acabo de decir es justo, pero cuando se les invita se les debe recibir bien.

ROBERTO.—La mujer es simpática.

Sra. FORTIER.—¡Un amor!... Torpe... pero un amor.

ROBERTO.—Y el marido muy complaciente.

Sra. FORTIER.—Francisco encuentra que bromea demasiado con Luisa.

FRANCISCO.—No me hagas decir lo que no he dicho.

ROBERTO.—**(Riéndose y prendiendo un fósforo).** ¿Estás acaso celoso?

FRANCISCO.—Enciende tu cigarro, te vas a quemar los dedos...

ROBERTO.—¿Querido Francisco, qué te pasa?... ¿qué tienes?

Sra. FORTIER.—¿Eso es, qué tienes?

FRANCISCO.—**(Nervioso).** Voy a contestarles y después, talvez, me dejarán tranquilo.

Sra. FORTIER.—¡Por fin!

FRANCISCO.—Mi capataz me ha escrito esta mañana, que veinte y cinco operarios han abandonado la usina, y por esta causa tendré que ir a pasar cuarenta y ocho horas en París.

ROBERTO.—En efecto, es enojoso, pero no es una catástrofe.

Sra. FORTIER.—Verdaderamente.

ROBERTO.—Estoy al corriente de tus asuntos; descansa, yo iré en tu lugar.

FRANCISCO.—No, pero talvez te pida que me acompañes.

ROBERTO.—Como quieras.

LUISA.—**(Entrando).** Mi echarpe.

ROBERTO.—Aquí está.

LUISA.—**(A Roberto).** ¿Viene usted?

ROBERTO.—La, sigo. **(A Francisco).** ¿Vienes?

FRANCISCO.—Enseguida.

ESCENA VII

FRANCISCO, señora FORTIER

Sra. FORTIER.—¿Por qué mientes?... Esta mañana no has recibido ninguna carta.

FRANCISCO.—Disculpa mamá, pero...

Sra. FORTIER.—Estuve abajo desde las 8, el cartero me entregó la correspondencia, pero no había nada para tí.

FRANCISCO.—¡Es verdad, te he mentido!...

Sra. FORTIER.—¿Y por qué?

FRANCISCO.—Se buena mamá, deja de interrogarme.

Sra. FORTIER.—A tí te pasa algo.

FRANCISCO.—Te aseguro que no me pasa absolutamente nada.

Sra. FORTIER.—Estoy segura, leo en tus ojos que te ocurre algo que ocultas.

FRANCISCO.—Te repito que no insistas.

Sra. FORTIER.—Habla hijo mío, díme la verdad y discúlpame si te he tratado con un poco de dureza. ¿Quién te ha causado esta pena, que te hace tan desgraciado?... ¿A quién mejor que a tu madre puedes confiar tus miserias?

FRANCISCO.—¡Mis grandes miesrias!

Sra. FORTIER.—¿Has dicho tus grandes miserias?

FRANCISCO.—Sí, las más grandes y las más fuertes... no he sufrido nunca tanto.

Sra. FORTIER.—Hijo mío. ¿Por qué has tardado tanto en contármelo?...

FRANCISCO.—Si hubiera tenido la esperanza de curarme al venir a tí, hace mucho tiempo que hubiera venido.

Sra. FORTIER.—**(Muy alegre, creyendo haber comprendido).** ¿Acaso Roberto tenía razón cuando te dijo que estabas celoso? No se equivocó, estás celoso. Sí, sí, estás celoso, ahora comprendo tus idas y tus venidas, tus miradas inquietas, tus contestaciones evasivas y tus salidas bruscas. ¡Tu mujer no te deja, y sin embargo te parece que se escapa! Se calla y quisieras saber la causa de su silencio; se ríe y preferirías que llore... y si llorara desearías poder analizar sus lágrimas... ¡estás celoso!... ¡estás celoso!...

FRANCISCO.—No es eso, no es eso.

Sra. FORTIER.—¡Sí, es eso! Su coquetería te enerva y su alegría te fastidia. Estás convencido que no hace ningún mal y sin embargo sufres de no poderla reprender... Ardes en deseos de interrogarla, pero no te atreves, por temor que sus contestaciones no sean las que tú deseas. Eres injusto y a pesar de ello, crees que es ella la culpable!... ¿Cómo y por qué? ¡No lo sabes ni lo sabrás jamás! ¡Eres celoso!... ¡Eres celoso!

FRANCISCO.—**(Nervioso). Sea.**

Sra. FORTIER.—¡Hombres! ¡Hombres! ¿Vamos a ver, qué tienes que reprochar a tu mujer?

FRANCISCO.—Nada.

Sra. FORTIER.—No seas cabeza dura y díme que es lo que te enloquece el alma.

FRANCISCO.—**(Sencillamente).** ¡Pues bien! Me engaña. ¿Estás satisfecha ahora?

Sra. FORTIER.—**(Riéndose).** ¡Luisa te engaña!

FRANCISCO.—Sí.

Sra. FORTIER.—¿Te has vuelto loco?

FRANCISCO.—No, no estoy ni ciego ni loco, te lo juro.

Sra. FORTIER.—¡Cállate, te lo suplico!... **(Mirando del lado del jardín).** Te aseguro que te quiere, y no concibo cómo has podido dudar de ella ni un solo minuto.

FRANCISCO.—Esperaba esa contestación.

Sra. FORTIER.—Los celos te hacen desvariar.

FRANCISCO.—No he vivido nunca tan solo en el mundo. Si supieras las horas que he pasado, te preguntarías cómo he podido resistir sin atentar contra mi existencia; déjame y no me prediques más el silencio.

Sra. FORTIER.—¡No puedo admitir que lo que me dices sea cierto! Déjame hablar y razona fríamente, por Dios te pido; tómate la molestia de escucharme. Me contestarás después. Tu mujer está casi siempre a tu lado. No tiene más amigos que Miguelina y Roberto, que lo considero como si fuera tu hermano, no conozco a nadie más a quien trate con confianza.

FRANCISCO.—¿Nada más?

Sra. FORTIER.—Que sea coqueta con tus amigos; y que bromee un poco demasiado, para mí no tiene importancia. Hermosa y joven como es ella, encuentro que tiene derecho a dar importancia a estas cualidades. A su edad era yo como es ella, y tu padre que era desconfiado como tú; nunca lo tomó a mal. Te aconsejo que reflexiones y peses tus palabras. Este es el consejo que te doy y que tu seguirás.

FRANCISCO.—¡Hace demasiado tiempo que espero, no puedo más! Luego cuando todos hayan subido, le rogaré que se quede y hablaremos.

Sra. FORTIER.—Sea. ¿Y qué puedes decirle?

FRANCISCO.—No te preocupes.

Sra. FORTIER.—¿Tienes alguna sospecha?

FRANCISCO.—No me preguntes nada más.

Sra. FORTIER.—¿Por qué no te atreves a confesármelo?

FRANCISCO.—Porque no quiero ni pensar en ello, **(Cerrando los puños)**. Estoy seguro de lo que sospecho y sin embargo deseo haberme equivocado.

Sra. FORTIER.—No quiero que tu pena te haga cometer alguna tontería... Deseo que me digas todo lo que piensas.

FRANCISCO.—**(Con las lágrimas en los ojos)**. No comprendes que estoy obligado a callarme. **(Silencio)**.

Sra. FORTIER.—¿Por lo que acabas de decir, se trata de Roberto?

FRANCISCO.—Sí, de Roberto.

Sra. FORTIER.—¡Cállate, no agregues ni una palabra más! ¡Es una infamia! Es tan horrible como falsa tu acusación y por eso estoy obligada a expresarte mi indignación!... ¡Cómo ha podido germinar en tí semejante pensamiento! ¡Es vergonzoso! ¡Habéis crecido juntos, os queréis desde pequeños sin haberos separado nunca, te debe su situación. Te olvidas que Miguelina es la amiga sincera de tu mujer. ¡Estoy trastornada! ¡Sospechar de Robertito a quien he educado!... ¡Hijo mío debes de sufrir mucho!... ¡Cómo te compadezco!

FRANCISCO.—Soy de compadecer, pero créeme tus palabras son injustas y crueles.

Sra. FORTIER.—¡Los acusas sin pruebas!

FRANCISCO.—No, porque desde hace muchos meses los vigilo y he comprendido por su nueva actitud que se entienden.

Sra. FORTIER.—¡Qué locura!

FRANCISCO.—Antes de la llegada de Roberto, habrás podido notar que Luisa estaba inquieta, nerviosa, y que se quedaba días enteros encerrada en su habitación. Llegó Roberto y enseguida se transformó. Me parece que los estoy viendo en el momento de la llegada, yendo el uno hacia el otro con la mano tendida.

Sra. FORTIER.—¿No veo nada de particular en eso?

FRANCISCO.—Otras veces se hubieran abrazado con franqueza. ¡Veo en sus miradas lo que ví en aquel segundo, sin decirse una sola palabra, hablaron todo lo que tenían que decirse. ¡En el amor son siempre los ojos los traidores. Ya no se ríen, ni bromean! Como lo hacen los amigos de diez años. Parece que tuvieran miedo que una palabra imprudente los desenmascare. ¡Admito que Roberto quiere a su mujer... pero es a Luisa a quien desea! ¡Me han engañado los dos!... ¿Me comprendes? **(Con llanto en la voz).** ¡Y aquí me tienes desamparado! ¡Más desgraciado que el mayor de los desgraciados!

Sra. FORTIER.—¡Francisco, cálmate, te lo suplico!

FRANCISCO.—¡Mi mujer me ha traicionado, mi amigo se ha burlado de mí, me muero de pena, sin haber articulado una palabra, no puedo más!... No tengo más fuerzas para callarme.

Sra. FORTIER.—No llores... ¡Me desesperas!... Si quieres le hablaré luego.

FRANCISCO.—No, déjame a mí.

Sra. FORTIER.—Háblale; pero, sé prudente, te lo suplico, no pronuncies ninguna palabra irreparable. Cuando se quiere, como tú quieres, se juzga con más benevolencia. Luisa es ligera a veces y muchas veces inconsciente, pero incapaz de una acción tan vil; en cuanto a Roberto, lo defiendo y lo defenderé. Haz caso a tu madre que no te puede engañar, porque la guía la ternura. Tu excesivo amor te hace ver un delito donde no lo hay. **(Lo apreta en sus brazos, Roberto entra).**

ESCENA VIII

Los mismos, ROBERTO

ROBERTO.—¡Decididamente, hoy es el día! Hace un rato me pescó usted en los brazos de Miguelina, y ahora encuentro a Francisco en los suyos.

Sra. FORTIER.—Abrazar a un hijo no tiene nada de particular.

ROBERTO.—He colocado los aparejos y he tendido la red. ¿Quiéres venir mañana por la mañana a levantarlos?

FRANCISCO.—Ya sabes que tengo que ir a París.

ROBERTO.—Es verdad, me olvidaba... ¿A qué hora sale el tren?

FRANCISCO.—A las 9.

ROBERTO.—Estaré listo a esa hora.

FRANCISCO.—¿No te es molesto acompañarme?

ROBERTO..—¡Al contrario! Voy a poner en conocimiento de nuestro viaje a Miguelina.

FRANCISCO.—Eso es, y mándame a Luisa, hazme el servicio.

ROBERTO.—Enseguida. **(Saliendo).** ¡Luisa! ¡Luisa! **(La voz se pierde).**

Sra. FORTIER.—Ya ves, cree en ese viaje y te acompaña voluntario. **(Luisa entra).**

ESCENA X

Los mismos, LUISA

LUISA.—¿Es verdad lo que me dice Roberto, que tus asuntos te reclaman en París?... Por qué no hablas por teléfono, mañana temprano, y talvez puedas ahorrarte el viaje.

FRANCISCO.—Sí... voy a ver.

LUISA.—**(A la señora Fortier).** ¿No le parece que tengo razón?

Sra. FORTIER.—En efecto, sería más cómodo.

LUISA.—**(Muy amable).** ¿Qué tiene usted mamá? Tiene mal semblante, está usted muy pálida.

Sra. FORTIER.—El calor me ha deshecho.

LUISA.—**(Con rapidez).** ¿Se siente usted mal?

Sra. FORTIER.—No, tranquilízate.

LUISA.—**(Con ternura y graciosa).** Déme usted el brazo.

Sra. FORTIER.—Gracias, quédate.

ESCENA X

FRANCISCO y LUISA

LUISA.—Debieras vigilar un poco más a tu madre, es imprudente a su edad pasearse en pleno sol, como lo ha hecho esta tarde.

FRANCISCO.—Siéntate ahí, hazme el servicio.

LUISA.—Qué terco y qué maneras más lóbregas.

FRANCISCO.—Tengo que hablarte.

LUISA.—**(Alegremente).** Ya estoy instalada, te escucho.

FRANCISCO.—¿Me prometes que no te levantarás, cualquiera que sean las palabras que pronuncie?

LUISA.—**(Alegremente).** ¿No tendré el derecho de levantarme?

FRANCISCO.—No bromees, no tengo ganas de reirme.

LUISA.—Te lo prometo.

FRANCISCO.—Gracias. **(Pausa).** Estoy un poco nervioso, además tú sabes que las palabras no me salen cuando se trata de cosas que me atañen... Vamos a los hechos brutalmente. **(Pausa).** Luisa, tú ya no me quieres... ¿No es verdad?

LUISA.—¿ Por qué me preguntas eso?

FRANCISCO.—Contéstame, no trates de consolarme con mentiras, soy hombre de escuchar sin inmutarme, la verdad, por cruel que ésta sea.

LUISA.—¿Qué quieres decirme?

FRANCISCO.—Quiero decir, que tus contestaciones no me sorprenderán. No voy a recibir un golpe sin esperarlo... Ya casi lo he recibido. Te ruego que procedas con franqueza. Haz cuenta que es a otro a quien confías tu secreto. Ya ves que no te torturo... Te hablo como a un niño, sin gritos y sin cólera. Anda, habla, no temas. ¡Soy incapaz de guarradar un minuto de rencor a quien dice la verdad. Habla ahora.

LUISA.—Tengo para tí una dulce afección y una profunda ternura.

FRANCISCO.—**(Seco).** No agregues nada más, me has contestado.

LUISA.—Pero no te he dicho...

FRANCISCO.—Me lo has dicho todo. La afección, la ternura y la amistad, son sentimientos muy hermosos, pero están separados del amor, como tú lo estás de mí, en este momento. No te defiendas porque desmerecerías.

LUISA.—Te suplico a mi vez que me escuches, o me has comprendido mal, o no me he explicado bien.

FRANCISCO.—Has hablado claro y por esto no te puedo querer mal. Cualquier cosa es preferible a la mentira y a la cobardía.. Guarda silencio y no digas una palabra más. Hemos vivido 6 años juntos y no hemos llegado a estas evidencias... Las palabras hipócritas suenan mal cuando salen de la boca de ciertos hombres. Hace un tiempo que soy cómico; desde que jugamos a los enamorados. Esto es una vergüenza para un hombre de mi carácter.

LUISA.—Cuanto más te oigo, meno ste entiendo. ¿Porqué no he encontrado las palabras convincentes, has deducido que no te quiero y que no siento por tí más que sentimientos suaves? **(Forzándose por reir).** ¡Confiesa que es infantil! Que yo no sea expansiva, ni sentimental, te lo concedo... pero, que no te quiero... eso no, Francisco! Estoy segura que te pesa ya, haber emitido las palabras malas, que has pronunciado.

FRANCISCO.—Tus contestaciones me parecen sinceras, sin embargo, tus gestos me han probado que no me equivoco.

LUISA.—No veo lo que te puedan haber inspirado mis gestos.

FRANCISCO.—Sí, algunos han sido elocuentes y me han alejado de tí.

LUISA.—¿Has terminado de decir tonterías?

FRANCISCO.—Escúchame... Quisiera que ahuyentaras los pensamientos que me persiguen y me alejan de tí.

Quisiera que borraras con una palabra que temo y lo que no puedo creer.

LUISA.—¿Cuáles son esos subrayados?

FRANCISCO.—Dame tus manos y mírame a los ojos. **(Pausa).** Júrame que no quieres a nadie más que a mí.

LUISA.—¡Estás loco!

FRANCISCO.—¡No, no te muevas!

LUISA.—Te lo... te lo juro.

FRANCISCO.—¡Júramelo por lo que tienes más sagrado, por lo más querido!... ¡Júramelo por la memoria de tu madre!

LUISA.—No... no quiero... no me pidas eso.

FRANCISCO.—¿Por qué?

LUISA.—¡No quiero!... ¡No quiero!...

FRANCISCO.—**(Agarrándola de las muñecas).** ¡Jura!

LUISA.—**(Soltándose).** No... porque no admito ni tus dudas... ni que exijas de mí semejante juramento, para calmar tu inquietud.., inquietud que me revoluciona y me ofende.

FRANCISCO.—Intentas evadirte...

LUISA.—Absolutamente.

FRANCISCO.—¿Crees que tus gritos van a convencerme?

LUISA.—¡No creo nada!

FRANCISCO.—¡Qué mal te defiendes! Te aseguro que estás enamorada locamente... Te niegas a jurarme que estás enamorada y que me engañas... Es una prueba aplastante de tu delito, ya he descubierto quien es tu cómplice.

LUISA.—No te escucho más.

FRANCISCO.—Sí, me contestarás, porque cuanto más busca uno ocultar sus propios, dolores, más se corre el velo. Tu dolor será tan fuerte que te será imposible callar! ¡Mírame de frente!... ¡Sí, hablarás!... Ahora que conozco tu mal sé que no podrás restistir. ¡Llegará el momento que cansada de mis persecuciones tendrás que confesarme la verdad, te lo juro! **(Miguelina entra).**

ESCENA XI

Los mismos, MIGUELINA, después ROBERTO y la señora FORTIER

MIGUELINA.—Toma hija, habías olvidado tu bolsa sobre un banco, un poco más lejos el pañuelo y en el fondo del parque los guantes.

LUISA.—**(Con risa forzada).** Gracias.

MIGUELINA.—¿No te falta nada más?

LUISA.—No, eres especial para encontrar los objetos perdidos.

MIGUELINA.—**(A Francisco).** ¿Es verdad que se van mañana por la mañana? Consiento que Roberto lo acompañe, con la condición que no tardarán en volver más de 48 horas.

FRANCISCO.—Se lo prometo.

ROBERTO.—**(Entrando, acompañada de la señora Fortier).** ¡Luisa, un gusano de luz! Acérquese que se lo deslizo en el cabello.

MIGUELINA.—**(A media voz a Francisco).** ¿Por qué está usted tan triste, mi amigo Francisco?

ROBERTO.—**(A Luisa).** Permítame, va usted a estar muy simpática.

LUISA.—**(Enervada).** ¡No, se lo suplico!

MIGUELINA.—**(En voz baja, a Francisco).** ¿No quiere usted explicarme la causa de su tristeza?

FRANCISCO.—¡No tengo nada que exjlicarle, mi querida Miguelina! Son mis asuntos que me tienen preocupado y nada más, puede usted creerme.

MIGUELINA.—Lo he visto atravezar por otras crisis comerciales y no le daba usted tanta importancia. **(El criado entra con una bandeja con bebidas).**

ROBERTO.—**(A la señora Fortier).** Estoy muerto de sed.

Sra. FORTIER.—Satisfacete. Deje usted aquí la bandeja. **(El criado deja la bandeja y sale).** ¿Le sirvo limonada a Miguelina?

MIGUELINA.—**(Levantándose y dejando a Francisco).** Sí, pero media copa nada más.

Sra. FORTIER.—¿Y tú, Luisa?

LUISA.—**(Acercándosee).** También, pero muy poco.

Sra. FORTIER.—**(A Francisco que desde hace un instante busca un libro en la biblioteca).** ¿Y tú, Francisco?

FRANCISCO.—No, gracias. **(Pequeña pausa. Sencillamente).** Roberto, lo he encontrado.

ROBERTO.—**(Desde lejos).** ¿Qué has encontrado?

FRANCISCO.—El tomo que buscabas ayer.

ROBERTO.—**(Acercándose).** ¿Qué tomo?

FRANCISCO.—Toma, éste. **(Vivamente, en voz baja).** Es un pretexto... escúchame... mirémoslo con atención los dos, sin dar importancia a las palabras que vamos a cambiar.

ROBERTO.—¿De qué se trata? **(Luisa desde lejos y muy pálida, sigue la escena).**

FRANCISCO.—De cosas muy graves.

ROBERTO.—¿Cómo, de cosas muy graves?

FRANCISCO.—Sí, me bato mañana por la mañana.

ROBERTO.—¡Qué me dices!

FRANCISCO.—¡No hagas ni un solo gesto!... Mantente sereno como yo.... y no pierdas ni una palabra de lo que te voy a decir.

ROBERTO.—Te escucho. **(Miguelina va hacia ellos).**

FRANCISCO.—Ten cuidado. **(A Miguelina).** ¿Busca usted algo, Miguelina?

MIGUELINA.—El abanico de su mamá.

FRANCISCO.—**(Tomándolo de arriba el escritorio).** Tome, aquí está.

MIGUELINA.—Gracias. ¿Están ustedes complotando?

FRANCISCO.—**(Sonriendo).** No... estamos combinanando nuestro plan para mañana.

MIGUELINA.—**(Yendo a reunirse con la señora Fortier y Luisa).** Los dejo.

FRANCISCO.—**(A media voz).** Luisa tiene un amante.

ROBERTO.—**(Lívido).** ¿Qué dices?

FRANCISCO.—¡Por Dios, no te muevas! Que esta noticia te revoluciona, me lo explico. Siempre te he considerado como a un hermano, Roberto, sé que me quieres demasiado para que todo lo malo que a mí me suceda no te alcance. En el primer momento desheché la idea de este encuentro. Hay ciertos hombres a quienes habría que matar como a fieras malhechoras. **(Fríamente, mirándolo bien a lo lejos).** ¿No es verdad? **(Roberto no contesta).** Con tu silencio, me das tu aprobación. Mañana saldré con el primer tren y en cuanto llegue haré las deligencias necesarias para terminar enseguida este asunto. **(Con los puños cerrados).** Va a ser un hermoso duelo, te lo juro. **(Tranquila y sencillamente).** Es todo lo que tenía que decirte. Ahora puedes ir a reunirte con ellas. **(Roberto va a salir. En cuanto ha vuelto la espalda, Francisco lo toma del brazo).** ¿Por qué no me preguntas con quién me voy a batir? **(Con voz apagada).**

Me parece que es la primera pregunta que yo te hubiera hecho. ¡No eres curioso!... ¿Por qué tiemblas? ¡Estás lívido! Parece que se tratara de tí!... ¡Mírame! Luisa también está lívida... ¡Mírala!... ¿Por qué no te atreves a mirarla?... **(Sosteniéndolo).** Tente firme, vas a caerte.

MIGUELINA.—**(De lejos).** Roberto, ya es tarde. **(Abrazando a la señora Fortier. A Roberto).** Si tienes que levantarte temprano, mañana, te aconsejo que vayas a descansar.

FRANCISCO.—**(A media voz).** Anda... te queda toda la noche para mentirle.

MIGUELINA.—**(Abrazando a Luisa).** Buenas noches, querida.

LUISA.—**(Haciendo un gran esfuerzo).** Buenas noches.

MIGUELINA.—Estás pálida.

LUISA.—Estoy un poco cansada.

MIGUELINA.—**(Saliendo).** ¡Vamos, Roberto! **(Roberto sale despacio. Luisa se aleja, se queda parado al lado del cerco dande la espalda).**

Sra. FORTIER.—¿Has hablado con Luisa?

FRANCISCO.—¡No! Todavía no... duerme tranquila. **(La abraza).** Buenas noches, mamá. **(La señora Fortier sale). (Se queda parado un segundo, se sienta en su escritorio, toma una hoja de papel, una pluma y escribe. Luisa hace un paso como para ir hacia él pero titubea y va hacia atrás. Sale despacio. En cuanto se encuentra solo, la pluma se le cae y rompe a llorar).**

TELON

ACTO SEGUNDO

La misma decoración, del acto anterior.

(Al levantarse el telón, Francisco está escribiendo, un criado entra a buscar la bandeja).

ESCENA PRIMERA

FRANCISCO.—La señora acaba de salir. Haga usted el favor de decirle que venga.

EL CRIADO.—Está bien, señor. **(Sale, Francisco continúa escribiendo, Luisa entra).**

LUISA.—¿Me has llamado?

FRANCISCO.—Sí.

LUISA.—¿No podrías esperar hasta mañana?

FRANCISCO.—He terminado esta carta, te la voy a entregar para que se la remitas a mi notario cuando mejor te parezca.

LUISA.—¿Para qué?

FRANCISCO.—Ya te vas a enterar. Quedaré en París cuarenta y ocho horas, talvez más. Dos días te son suficientes para poner tus asuntos en orden.

LUISA.—No comprendo.

FRANCISCO.—Cuento no encontrarte entre nosotros cuando vuelva.

LUISA.—¿Cómo?

FRANCISCO.—No tengo nada que agregar, puedes retirarte. Aquí tienes la carta.

LUISA.—¿Pierdes la cabeza?

FRANCISCO.—Tengo toda la razón.

LUISA.—¿Me permites que te haga una pregunta?

FRANCISCO.—¡No! no tengo ninguna explicación que darte.

LUISA.—¿Tienes acaso la pretención de echarme de aquí?

FRANCISCO.—Sí.

LUISA.—¿Con qué derecho?

FRANCISCO.—Y pensar que tienes la audacia de tener la frente levantada hasta la última hora!

LUISA.—¿Por qué causa no puedo mirarte, sin agachar la vista?

FRANCISCO.—¡Admiro tu aplomo, tu coraje y la picardía con que mientes! Me dan ganas de estrujarte para no oírte más... pero, sueltas una palabra más y quedo admirado!

LUISA.—Antes me has acusado... Ahora, no tengo más coraje para oir tus insultos y las groserías que dices.

FRANCISCO.—¿Qué te detiene?

LUISA.—Quiero saber donde quieres llegar.

FRANCISCO.—Me parece que te he hablado claramente.

LUISA.—Seriamente... has podido pensar que abandonaría esta casa...

FRANCISCO.—Estoy seguro de ello.

LUISA.—¿Crees que las cosas van a quedar así?

FRANCISCO.—Así lo creo, y así lo deseo.

LUISA.—¡Desengáñate que no va a ser así!

FRANCISCO.—Sé lo que digo y estoy seguro que marcharás.

LUISA.—**(Dirigiéndose hacia la puerta).** Estás divagando... Buenas noches...

FRANCISCO.—Ya que lo quieres, voy a contestarte. **(Le cierra el paso).**

LUISA.—¡Déjame pasar, déjame pasar!

FRANCISCO.—Hace un rato, tenías menos prisa.

LUISA.—Talvez.

FRANCISCO.—Y sobretodo más curiosidad.

LUISA.—No discuto con locos.

FRANCISCO.—¿Por qué causa?

LUISA.—Además, no tenemos nada más que decirnos. Mañana estarás más tranquilizado. Mientras tanto, dejame salir.

FRANCISCO.—Ahora me place que te quedes.

LUISA.—Y a mí me place marcharme.

FRANCISCO.—Cállate, te prohibo que levantes la voz.

LUISA.—**(Cortada).** Yo creo que no debemos tratarnos como dos enemigos... No me mires con esos ojos de maldad, tratemos de tranquilizarnos. Tenemos que poner un poco de claridad a este asunto... hablamos, hablamos, nos subimos de tono y nuestras contestaciones se chocan... óyeme con tranquilidad.

FRANCISCO.—Anda, te escucho.

LUISA.—Todo puede arreglarse, si no nos hablamos con las armas en la mano. Has sospechado de mí, después me has acusado, ahora me corresponde destruir tus sospechas y las acusaciones... ¿Es esto lo que tú quieres, verdad? **(Silencio).** Al menos contéstame.

FRANCISCO.—**(Fríamente).** ¡Eres extraordinaria! Hay momentos que parece que has perdido la serenidad, espero que un grito delator escape de tu pecho... Pero, recobras nuevamente, tu felonía natural y vuelves a largar palabras hipócritas. ¡Eres verdaderamente una jesuita!

LUISA.—Francisco, te pido por lo que más quieras, deja de torturarme, mis nervios están agotados, no puedo más!

FRANCISCO.—He descubierto en tí, un temperamento extraordinario y poco común. ¡Estoy maravillado!... ¡En el trascurso de mi vida he tratado con muchas mujeres! Las he conocido que se vendían como rameras... por un sombrero o por un vestido... ¡las he visto entregarse en un rato de locura o desvarío! Pero tu igual no la he conocido.

LUISA.—¿Qué?

FRANCISCO.—¡Y pensar que durante largos años he vivido con esto, aprisionándola cariñosamente entre mis brazos, sufriendo y llorando el dolor más agudo.

LUISA.—**(Fuera de sí).** Basta, dejame pasar y no me cerques más el camino.

FRANCISCO.—**(Deteniéndola).** No, ¡no saldrás! ¡Quiero que te acuerdes de esta última noche!... ¡Anda, llama! Arriba hay alguien que no vendrá.

LUISA.—¿Qué dices?

FRANCISCO.—¡Al menos ése no se ha atrevido a ser miserable hasta el fin! Mira como arde su lámpara, su cama no está deshecha; está levantado, esperando tembloroso y sudando el miedo, las primeras luces de la aurora!... ¡Has comprendido ahora, que antes, en este mismo sitio, le arranqué la confesión de vuestra infamia!... ¡Sí, me lo ha confesado todo sin decir una sola palabra!... ¡Mientras hablaba con él, te estaba observando de lejos, estabas completamente livida y tu semblante era tan delator como el suyo!

LUISA.—**(Un grito).** Pues bien, ¡sí... sí... y ¡sí!... Es verdad... tienes razón de acusarme... tienes razón de hecharme... tienes razón... tienes razón... sin embargo, te juro ante Dios, que hemos luchado con todas nuestras fuerzas, antes de acercarnos! No puedes comprender como, todo lo que hemos hecho para rehuir la ocasión... ¡no sabrás nunca los remordimientos que hemos sentido, ni las lágrimas que hemos vertido! Sí, hemos llorado nuestro pecado como niños, porqué teníamos conciencia de la mala acción que apesar nuestro cometíamos... ¡El honor! ¡La afección! ¡La tenura; ¡todo había sucumbido, ya no quedaba nada más!... ¡Hay ciertos minutos en la vida que destruyen todo y hacen de los seres más correctos, lo que nosotros somos ahora!... ¡Ya te lo he dicho todo, haz de mí lo que quieras, no puedo defenderme más!

FRANCISCO.—**(Llorando).** ¡Era casi mi hermano!

LUISA.—¡Por compasión, no me digas nada más! **(La**

puerta se abre, Miguelina entra, Luisa se dirige hacia la meseta y se para en la obscuridad).

ESCENA II

(Los mismos, MIGUELINA, después la Sra. FORTIER)

MIGUELINA.—¿No se han acostado todavía?

FRANCISCO.—**(Haciendo un gran esfuerzo).** Todavía no.

MIGUELINA.—¿Has vuelto a bajar Luisa?

LUISA.—**(Sin darse vuelta).** Sí.

MIGUELINA.—Roberto me pide que le elija un libro ... ¿Quiere usted darme uno Francisco? **(Francisco toma un libro y se lo dá).** ¿Qué haces Luisa, estás contando las estrellas?

LUISA.—**(Débilmente).** No, estoy mirando.

MIGUELINA.—No ves que te vas a resfriar, imprudente! **(Se acerca a Luisa, se saca su echarpe y se lo coloca en las espaldas).** Toma, y ahora sueña a gusto. **(Toma el libro y se dirije hacia a la puerta).** ¡Otras buenas noches, noctámbulos!

FRANCISCO.—Buenas noches.

(Sale. Largo silencio, Francisco se sienta. Luisa no se mueve, llora. Una detonación, después un grito siniestro. Se oye la voz de Miguelina que dice: "Roberto se acaba de matar." "¡Socorro!" **Espantado, después de la detonación, Francisco se ha quedado inmóvil en el sitio. Se precipita. La Señora Fortier entra).**

FRANCISCO.—¡Roberto acaba de matarse! **(Sale).**

Sra. FORTIER.—¿Dis que no es verdad, Luisa?... ¿Qué ha ocurrido?... ¡Contéstame, estoy temblando! **(a Francisco, que entra).** ¿Qué ha sido?

FRANCISCO.—Sí... Sí... **(Miguelina entra).**

Sra. FORTIER.—¡Miguelina!

MIGUELINA.—**(Casi brutalmente).** Déjeme... Déjeme... Mi dolor es tan grande que no tengo ni lágrimas que verter. ¡Quiero saber por qué se ha quitado la vida, quiero saberlo! **(La señora Fortier sale. Una pausa).** Cuando bajé a buscar el libro, pasé por su habitación; estaba parado al lado de la ventana, apoyado contra el vidrio, me acerqué a él y le puse la mano sobre su espalda, me tomó de los brazos y me apretó fuertemente contra su pecho, hasta hacerme sentir los latidos de su corazón, me besó, y, advertí que una lágrima corría por su mejilla! ¡Sí, lloraba... lloraba!... ¿Por qué lloraba?... ¿Qué pena tenía? ¡Yo no ignoraba nada de su vida!... ¿Por qué me decía que me quería con toda su alma?... **(Nerviosamente).** ¡Lo adoraba!... Leía en sus ojos su menor pensamiento... y ahora no ví nada! ¡Por qué me alejé de él y cómo no comprendí que aquella lágrima era de despedida! ¡Cómo mi corazón no ha gritado: quédate! ¡Para qué me ha servido quererlo como yo lo quería, si no he presentido que no lo vería más! **(Estalla en llantos y cada vez más nerviosa).** Si hubiera cometido alguna mala acción me lo hubiera comunicado... Era la rectitud misma y tenía horror a las mentiras... ¿Francisco, usted que lo consideraba como a su propio hermano debe estar enterado de la causa de su resolución extrema, por qué guarda usted silencio?... No tiene el derecho de callarse... Hable usted, se lo suplico...

FRANCISCO.—No sé nada Miguelina.

MIGUELINA. — Espere... Espere... **(Pausa).** ¿Dígame, Francisco?... ¿Cuando estábamos las tres en aquella mesa, de qué hablaban ustedes?

FRANCISCO.—**(Turbado).** No me acuerdo.

MIGUELINA.—Usted lo llamó, se sentó ahí y durante varios minutos hablaban en voz baja... ¿De qué hablaban ustedes?

FRANCISCO.—De mis negocios, le expresé mis temores y trató de tranquilizarme; es de lo único que hemos hablado!...

MIGUELINA.—¿Está usted seguro que no ha tratado de otra cosa?

FRANCISCO.—**(Sin titubear).** De nada más.

MIGUELINA.—¿No habrá arriesgado en sus empresas cantidades que yo ignoro?

FRANCISCO.—¡No!

MIGUELINA.—Dime Luisa... ¿a las tres cuando nos sentamos a descansar en un banco cerca del estanque, te acuerdas?...

LUISA.—**(Débilmente).** Sí. **(La señora Fortier entra).**

MIGUELINA.—Roberto se levantó y te propuso que lo acompañaras hasta la quinta vecina... Le hice notar que era una locura hacer ese paseo por el sol... Tú me aprobastee y te negaste, con el pretexto que no querías dejarme sola... Insistió y aceptaste al fin. **(Pausa).** ¿Durante ese paseo, que duró más de una hora, de qué han hablado? **(Luisa rompe a llorar).** No llores, contéstame... contéstame!...

LUISA.—**(Con voz apagada).** ¡No me acuerdo!

MIGUELINA.—¡Cómo! ¡No te acuerdas!

LUISA.—¡Verdaderamente, no!

MIGUELINA.—¡Eso es imposible! Te repito que han estado una hora ausentes... y en una hora se cambian impresiones e ideas. Mis preguntas no pueden molestarte, tenía en tí toda confianza y elogiaba tu discreción, dime lo que sepas.

LUISA.—Nada puedo decirte.

MIGUELINA.—**(Enloquecida).** ¡Nada!... ¡Tú sabes algo y vas a decírmelo!... Acabo de verlo en tus ojos!... Por Dios te pido que hables, no me dejes así en tinieblas... quiero saber por qué se ha matado... tú lo sabes y me lo vas a decir.

LUISA.—**(Enloquecida).** ¡Miguelina!

MIGUELINA.—¡No intentes escaparte, te detendré, los detendré a todos hasta que sepa la verdad, porque ustedes lo saben... lo siento y lo leo en vuestras caras!... Usted, Francisco, me contestó con palabras que salían dudosamente de su garganta... y ahora no se atreve usted a mirarme! La señora Fortier, está pálida y deshecha... Tú, Luisa, me produces el efecto de una estatua de mármol! Parece que esta muerte los alcanza más que a mí misma... ¡Vamos Luisa, habla!... ¡En nombre de la afección que nos une desde tantos años sácame de esta zozobra... te lo suplico de rodillas! **(Se arrodilla).**

LUISA.—**(Enloquecida).** Miguelina... levántate y escucha.

Sra. FORTIER.—**(Separándolas).** ¡No ves que no sabe nada!

MIGUELINA.—!Déjela hablar!... ¡Quiero que me conteste! ¡Que me contesten todos ustedes! ¡Vuestra actitud acusa a mi marido, aprueba su gesto, mancha mi amor, y lo matan ustedes, por segunda vez, ante mis ojos!

Sra. FORTIER.—Miguelina, te suplico que me escuches.

MIGUELINA.—Hable usted.

Sra. FORTIER.—Sabes que te quiero y que soy incapaz de mentirte, pues, te juro que no sabemos nada.

MIGUELINA.—No la creo, no la creo.

Sra. FORTIER.—Francisco, convéncela.

FRANCISCO.—**(Emocionado y haciendo un esfuerzo).** Hay en todo esto un misterio que no comprendo, busco en vano y no encuentro nada... ¿Qué ha hecho y qué le ha pasado?... No lo sé... ¡Estoy anonadado como usted!... que llora lo que más quería... yo lloro y lloro... **(Mirando a Luisa).** En fin, lloro amargamente! **(Largo silencio. Miguelina lo mira a los ojos un momento. Se levanta, vá hacia él despacio y muy suavemente).**

MIGUELINA.—Le pido perdón por haber sido injusta hace un rato... He pronunciado palabras que no debí, le suplico que las olvide.

FRANCISCO.—¡La compadezco con todo mi corazón!

MIGUELINA.—Nuestro dolor es diferente y sin embargo, cuando lo miro, me parece que nuestras lágrimas tienen por manantial el mismo dolor... ¿No es verdad, Francisco?...

FRANCISCO.—Sí, Miguelina. **(Llorando).**

MIGUELINA.—¡Parece que aquí estuviéramos todos escondidos bajo el mismo velo! Yo que quiero la luz intento levantarlo... pero, vuestras manos lo vuelven a bajar, y no veo nada más!

Sra. FORTIER.—Ven...

MIGUELINA.—**(Adelantándose hacia Luisa).** ¿Tú no vienes Luisa?

LUISA.—No me pidas que te acompañe arriba.

MIGUELINA.—¿A quién tienes miedo?

LUISA.—No quiero... no quiero...

MIGUELINA.—¡Cómo tiemblas!

LUISA.—¡Tengo frío, mucho frío! **(Dá un paso. Francisco no se mueve).**

MIGUELINA.—Francisco, venga a sostenerla... ¿Por qué no la toma en sus brazos?...

(Francisco vá hacia Luisa, temblando, la sostiene y la toma en sus brazos. Pero se vé en su actitud que está separado de ella. Miguelina los mira fijamente).

Sra. FORTIER.—¿Por qué los miras así?

MIGUELINA.—**(Secamente, con los dientes apretados).** ¡Por nada!... ¡Por nada!... **(Sale).**

TELON

Pompeyo Gener

"El Intelecto Hélenico"

La poesía, el arte dramático y la filosofía

Precio del volumen $ 1.50

Julio Herrera y Reissig

Poesías Escogidas

Con un estudio preliminar de JUAN MAS y PI

Precio del volumen $ 2.40

NOVEDADES

Antologia Americana

por ALBERTO GHIRALDO

Precio del volumen $ 2.50

MAURICIO MAETERLINCK

El Pájaro Azul

Precio del volumen $ 1.50

Pedidos a MORO & TELLO

Corrientes 1307 - Buenos Aires

Dra. Ana Fischer de Duckelmann

La mujer, médico del hogar

Obra de higiene y de medicina familiar, especialmente consagrada a las enfermedades de la mujer y de los niños. Segunda edición. Un tomo lujosamente encuadernado, tamaño 25x19 centímetros de 850 páginas, con 448 grabados en negro y 28 láminas en colores, impreso en papel superior encuadernado en pasta española .... $ **18.—**

Guillermo Shakespeare

DRAMAS

Traducidos por don Marcelino Menéndez Pelayo, dibujos y grabados de los principales artistas alemanes.

Consta de los 4 tomos siguientes.

Tomo I.—«El mercader de Venecia», «Macbeth»,» «Romeo y Julieta», «Otelo»

Tomo II.—«Sueño de una noche de verano», «Medida por medida», «Coriolano», «Cuento de invierno»

Tomo III.—«Hamlet», «Rey Lear», Cimbelina»

Tomo IV.—«Julio César», «Como gustéis», «Comedia de equivocaciones», Las alegres comadres de Windsor»

Lujosamente encuadernados los 4 tomos $ m/n **12.—**

SOLICITEN CATÁLOGO — Se remite franco de porte

MORO & TELLO

Depósito permanente de las ediciones de la Casa Editorial

MANUEL MAUCCI de Barcelona

CORRIENTES 1507 — U. T. 2541, Lib. — BUENOS AIRES

IMP. VENEZUELA 1133